

INFLUENCIAS EDUCATIVAS EN LA PERSONALIDAD DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO Y EL ROL DE LA UNIVERSIDAD EN LA ACTUALIDAD

Lic. Micaela De Sá Daniel¹, Dr. C. Yuniesky Alvarez Mesa²

1, 2. Universidad de Matanzas micaeladesa@icloud.com

Resumen

Uno de los grandes retos que enfrenta la educación en especial en el nivel superior, es encontrar la forma de responder a los constantes y acelerados cambios que ocurren en el mundo actual. ¿Qué tipo de hombre formar? ¿Qué saberes y habilidades promover para los ámbitos personal, social y laboral? ¿Qué tan desfasado se encuentra el estudiante o el egresado respecto a las necesidades que se espera atiendan? ¿Cuál es su visión de la vida, del mundo, del universo? ¿Cómo se relaciona consigo mismo y con los demás? Quizás lo complejo no sea encontrarles una respuesta, sino comprender el contexto en que se producen y por supuesto, el sentido que tienen en relación con las transformaciones de la sociedad contemporánea. Estas interrogantes motivan a los autores a analizar los referentes teóricos de las influencias educativas en la personalidad del estudiante universitario y el rol de la universidad en la actualidad.

Palabras claves: Educación; personalidad; influencias educativas; universidad; estudiante.

Introducción

La sociedad del conocimiento en la actualidad y la era de la globalización imponen a los sistemas universitarios ciertos desafíos centrales para las instituciones ubicadas en cualquier parte del mundo. Las instituciones universitarias deben constituirse en un elemento básico para generar mayores niveles de competitividad en el país. En efecto, en la sociedad del conocimiento y en un ambiente globalizado la formación del desarrollo del talento humano (Álvarez Gomes, 2016) así como la investigación, el desarrollo y la innovación constituyen pilares fundamentales de la ventaja competitiva para la nación y sus organizaciones, además, las instituciones universitarias deben constituirse en una fuente esencial de oportunidades de formación continua y movilidad social. Ciertamente, la rentabilidad de la educación superior universitaria es significativa y es probablemente una de las mejores inversiones que una persona puede realizar en la sociedad actual, a su vez la formación desempeña un importante papel en el desarrollo de la personalidad del individuo como ser social. Es parte de un proceso educativo; por tal razón, la educación se considera un sistema complejo de influencias en el que participa toda la sociedad, donde las influencias recibidas se asumen de manera muy particular y diferente por cada individuo.

Las influencias educativas tienen una extraordinaria importancia en la transmisión y apropiación de la experiencia histórico-social que conducen al desarrollo humano e integral de la persona. Cualquier persona o institución actúa como agente educativo, trasladando conocimientos, hábitos y habilidades, normas y valores, transmitiendo el resultado de su experiencia individual y colectiva. La universidad tiene como encargo social la formación de profesionales comprometidos con las demandas del momento histórico, pero la formación no puede ser asumida solo por la universidad, (porque) es resultado de la influencia ejercida por la sociedad, la escuela y la familia. Entre los agentes que más influencia educativa ejercen en los jóvenes universitarios se encuentran la universidad y la familia (Saborido Loidi, 2018).

La universidad como institución educativa debe propiciar al estudiante un sistema de influencias que permita el desarrollo armónico de su personalidad, y para que esto suceda es necesario que la institución educativa, se relacione de forma estrecha dentro del proceso de socialización de los jóvenes y comparten un mismo objetivo: su formación integral, camino que puede resultar contradictorio y complejo como todo proceso formativo. La alta casa de estudios desempeña un papel rector en la formación de sus profesionales y le corresponde orientar a los estudiantes universitarios para que conduzcan de forma satisfactoria su función educativa, donde el principal protagonista para dirigir este proceso es el docente, que es reconocido socialmente como educador profesional. El docente debe estar formado para lograr una mayor integración de los estudiantes hacia la universidad con el objetivo de fortalecer el proceso formativo que en ella se desarrolla desde un conocimiento profundo del estudiante y del contexto familiar, y que asuma de manera activa el desarrollo de una personalidad madura y eficiente como tarea priorizada de la Educación superior.

El presente trabajo, tiene como objetivo argumentar los referentes teóricos de las influencias educativas en la personalidad del estudiante universitario y el rol de la universidad en la actualidad.

Desarrollo

El ser humano ejerce influencia educativa, mediatizada por el contexto, educa a través de su propia personalidad. Esta influencia se manifiesta como proceso, no se impone, se recibe o asimila consciente o inconscientemente y contribuye a propiciar cambios, transformaciones, de diferente naturaleza en el sujeto que la recibe.

Las influencias educativas constituyen las acciones que se ejercen con el objetivo de asegurar la asimilación y reproducción de toda la cultura anterior, así como de las relaciones sociales existentes. Generalmente, actúan como procesos de cooperación y comunicación social que pueden clasificarse en: intencionales y no intencionales, sistematizadas (centro docente) y no sistematizadas (agencias socializadoras), como influencias especializadas (profesores, instructores) o no especializadas (padres, amigos, vecinos, entre otros).

En cuanto al significado que encierra el término integrar influencias educativas; si se analiza por separado, integrar presupone la medida en la que las actividades o funciones de las diferentes instituciones se complementan unas a otras.

En cambio, se considera como influencia al proceso que origina y/o conforma en el individuo sus expresiones conductuales y predisposiciones para actuar. Integrar las influencias educativas de la universidad, implica un proceso de cooperación y comunicación recíprocas, desde metas proyectadas hacia la mejora de la formación del estudiante.

La labor de la universidad, eleva a niveles superiores el proceso formativo del profesional desde acciones más coherentes de sus influencias educativas.

La esencia del papel formativo de las influencias educativas en la universidad, radica en conducir el desarrollo de las actividades formadoras de necesidades y motivos que se estructuran como fuerzas motrices de la personalidad en la edad juvenil. Estas fuerzas motrices del desarrollo de la personalidad radican en el interjuego de las necesidades ya formadas en cada etapa de la vida de los estudiantes y la situación social de desarrollo en que se encuentre.

En la familia este proceso de formación ocurre espontáneamente; a partir de la influencia, en su mayoría no estructurada y no consciente, que ejerce este medio familiar. En cambio, en la universidad se realiza de forma organizada, pues se establece un sistema de influencias estructuradas, con objetivos precisos y conscientes, con métodos científicamente creados para tal fin. El profesor como educador profesional debe conducir este proceso.

No existe un parámetro para evaluar toda la gama de posibilidades que tiene un profesor para ejercer influencia educativa. Cuanto más firme y arraigados son sus normas y valores, más desarrollada su voluntad y capacidad de actuación y más consciente está de la repercusión de su ejemplo, más trascendencia alcanzará su actuación como agente educativo.

En tal sentido, el profesor debe estar formado para potenciar la participación de los estudiantes (futuros profesionales) en el proceso de formación y proporcionar los medios necesarios para estrechar los vínculos como miembros de la comunidad educativa.

La formación del docente universitario se asume como un proceso mediado y continuo de apropiación de conocimientos, habilidades, capacidades, valores y actitudes psicopedagógicas desde su propia práctica, con carácter dialógico, reflexivo y vivenciado, para conducir sobre bases científicas la formación de los profesionales.

Se considera que un docente está formado para integrar las influencias de la universidad cuando en el orden del saber hacer identifica las potencialidades y carencias de la institución, mediante la cooperación y la comunicación, que le permite concebir estrategias de intervención, proyectadas hacia la mejora del estudiante, con una actitud comprometida hacia su labor como educador. Para la formación integral del estudiante universitario el docente debe tener presente que el contexto del sujeto es determinante y que la situación social de desarrollo condiciona los sistemas de influencias y el comportamiento del ser humano.

La situación social del desarrollo constituye aquella combinación especial de los procesos internos del desarrollo y de las condiciones externas que es típica en cada etapa y que condiciona también la dinámica del desarrollo psíquico durante el correspondiente período evolutivo y las nuevas formaciones psicológicas peculiares, que surgen hacia el final de dicho período.

Resulta trascendente que el docente se adentre en las peculiaridades de la situación social de desarrollo de los jóvenes universitarios, que conozca cuáles son las peculiaridades de sus estudiantes como regularidades propias de la juventud y que este conocimiento se revierta a la hora de orientar actividades que potencien su función educativa de forma armónica y coherente con la institución universitaria.

La categoría situación social del desarrollo significa conocer: los sistemas de actividad y comunicación de los cuales se derivan exigencias específicas al comportamiento del joven; las variaciones fundamentales que se operan en su esfera motivacional como núcleo de la personalidad y los niveles cualitativos que alcanzan los procesos psíquicos y formaciones de la personalidad en su unidad cognitivo-afectiva, que constituyen distintos momentos en el desarrollo de la capacidad de autodeterminación.

En cuanto a la relación de los jóvenes universitarios con su familia, se aprecia una mayor independencia emocional, los padres son modelos de conducta, pero de manera más mediatizada que en etapas anteriores. Las dificultades en la comunicación con sus padres

están condicionadas por la complejidad de su mundo interno y porque los padres no siempre tienen una imagen real del joven, aun cuando piensan poseerla. En las relaciones con sus profesores se basan en la valoración crítica de sus cualidades psicológicas y morales con un mayor nivel de argumentación y flexibilidad que en etapas anteriores, tienen en cuenta sus cualidades personales, su estilo de comunicación, basado en el diálogo y el respeto mutuo y sobre todo su competencia profesional. Poseer un pleno conocimiento acerca de esta etapa del desarrollo es primordial para docentes y familias, de ello depende en gran medida el éxito del estudiante durante su trayectoria por la universidad.

El rol de la universidad en la actualidad

El modelo educativo actual se viene preparando desde finales del siglo XX, periodo que ha supuesto un nuevo cambio social en todos los sectores y ámbitos del mismo modo que en la universidad, más centrada en la calidad y la acreditación, con nuevos escenarios formativos y nuevas necesidades sociales a las que debe dar respuesta, cambiando para mejorar porque ha cambiado las circunstancias. Dentro de este periodo existen nuevas funciones que la universidad debe llevar a cabo para no quedarse anclada en el pasado, con antiguas funciones que frenen su progreso y el de la sociedad. Debe adaptarse a la sociedad, pero, a la vez, debe desempeñar un papel de dirección en la evolución de los cambios necesarios para ella, pero no sólo debe ir por detrás de los avances o necesidades sino que debe ser promotora de cambios e incluso promover, desde ella, cambios a la sociedad.

No se trata de comenzar de nuevo, sino de transformar, modificar o cambiar lo que existe para conseguir tener una universidad más acorde con los nuevos tiempos y las nuevas necesidades. Así la principal misión de la nueva universidad es generar el pensamiento más elevado, como es el pensamiento científico, que además, debe transformarlo e inyectarlo a la sociedad, transformar el conocimiento en sapiencia, la información en sabiduría, superando el especialísimo e incentivar la síntesis. El debate sobre el quehacer de la universidad en estos nuevos tiempos es de naturaleza epistemológica, no sólo por que intenta conceptualizar y entender la universidad y su función en la sociedad del siglo XXI, sino además por intentar (re)definir lo que es enseñar. ¿Será que enseñar puede ser entendido hoy en día como la reproducción de conocimientos sin crítica frente a los estudiantes, o sea, la transmisión de información sin producción de conocimiento y de saberes? En teoría, no es posible.

Entre las funciones que tiene que desarrollar la Universidad en este periodo resurge con gran fuerza la formación humanística, básica e integral, como base para la adquisición de nuevos conocimientos, adaptarse a nuevas situaciones y por lo tanto que el estudiante sea capaz de generar un conocimiento específico para cada momento y situación. Por lo tanto, el principal medio de transmisión es el docente que no debe permanecer pasivo ante esta nueva realidad que los arroja, que le va a requerir de su formación humanista integral y repensar su propia praxis. Ser culto no es capacidad y audacia para hablar de muchas cosas, sino actitud y preparación para poder escuchar. Un rasgo definidor de la persona bien formada es que no desprecia ningún campo, aunque no le interese por serle desconocido. Despreciamos lo que

ignoramos porque al no ser un ingrediente del mundo que conocemos, nos parece que se puede prescindir de ello (Rodríguez Herrera, 2012).

Estas afirmaciones, anteriores, nos sirven como punto de partida para iniciar la descripción de esta función, porque exponen muy bien todo lo que se ha venido haciendo desde el liberalismo hasta finales del siglo XX, donde no importaba la formación de la persona, sino que, sólo importaba la formación técnica, dejando a un lado todo humanismo, toda formación general e integral de la persona, lo que unido a las tecnologías actuales han generado un nuevo modelo de sociedad que es necesario analizar para llegar a un nuevo paradigma humanista integral. Y es que dentro de este nuevo panorama social en el que nos encontramos inmersos, con constantes transformaciones, con una nueva economía, un nuevo mercado, más global y con las tecnologías cada vez más avanzadas, una de las primeras funciones que va a tener que desarrollar la universidad va a ser abordar la formación integral, general y humanista de cada uno de sus estudiantes, porque un saber particular y aislado sólo se vincula al progreso cuando se une al resto del saber. El rescate de la persona que pase a ser el centro de cualquier proceso educativo como una realidad palpable y no una panacea; más aún un ser humano formado tal y como señala (Rodríguez Herrera, 2012) con “mente, cuerpo y corazón”.

El papel de la educación en la sociedad debería ser, sobre todo, el de conformar un espíritu crítico sobre la base de un alto conocimiento teórico que otorgue a los ciudadanos los elementos necesarios para dar respuesta a los conflictos, contradicciones y desigualdades que se presentan continuamente en su entorno.

La Educación, que no termina de responder a los requerimientos sociales del momento, y el apremio por construir relaciones que fortalezcan el desarrollo con un sentido ético y solidario, son razones para avanzar en la reflexión sobre la relación que existe entre la educación, la comunicación y el desarrollo humano, y sobre la forma como nos involucramos en el proceso educativo, que evidencia una actitud frente a sí mismos, los otros y, en general, frente al compromiso con la sociedad.

Una educación para el desarrollo humano considera el tipo de hombre que debe formar y, por ende, el tipo de sociedad. Por lo tanto, ha de ser potencializadora de la realización de las necesidades humanas y de las esferas del desarrollo humano, y para ello se requiere de procesos de aprendizaje significativos, es decir, de ambientes de aprendizaje que favorezcan la relación armónica del saber, el hacer y el ser de las personas participantes.

Uno de los aspectos centrales de este aprendizaje es una acción comunicativa que estimule el diálogo, la expresión de las necesidades, intereses y problemas, a partir de lo que cada uno es, siente y piensa en el mundo de la vida individual y colectivo, lo que contribuye a fortalecer y a recrear las necesidades humanas y a construir ambientes de aprendizajes variados, motivadores, significativos, afectivos, en donde se privilegien la participación, la autonomía, el respeto, la subjetividad y la intersubjetividad, que parten del reconocimiento y aceptación de las culturas y lógicas diferentes de los sujetos vinculados al proceso educativo.

En esta dirección, un proceso educativo para el desarrollo humano debe propiciar el diálogo con la cultura, con la multiculturalidad. Es necesario orientar la diversidad cultural hacia una propuesta educativa global, una educación para la ciudadanía que promueva la convivencia, la participación, la cohesión social, la inclusión, estimulando el sentido de pertenencia como satisfactor de la necesidad de identidad.

Por lo tanto, en la práctica educativa es preciso plantearnos cómo se está dando la relación profesor-estudiante, estudiante-estudiante y estudiante-grupo si se realiza a partir de una acción instrumental, centrada en los contenidos, desde una mirada únicamente explicativa y objetiva de los fenómenos relacionadas con la ciencia, o si existe un interés cognoscitivo por una comprensión recíproca, referida a la comprensión de sí y del otro, buscando siempre un terreno común, de beneficio mutuo. En este sentido, un pensamiento crítico y reflexivo sobre la educación en general, y en particular sobre el proceso educativo y las prácticas que llevamos a cabo en la cotidianidad, permite develar su intencionalidad, y ante los constantes cambios que hoy el mundo experimenta (Ospina Rave, 2008).

Se aspira que unos de los papeles que desempeñe la universidad en la actualidad sea de propiciar que el estudiante universitario desarrolle su propia reflexión y razonamiento que provoca el foro, el autoconocimiento, al descubrir por sí mismos, la relevancia o no que tiene para sus vidas aquello que hacen o dejan de hacer; por eso, las habilidades de razonamiento que aportan las universidades son instrumentos esenciales que contribuyen al aprendizaje significativo en todos los ámbitos y de modo efectivo, vale decir de manera eficiente y eficaz especialmente en el ámbito de la educación de la autorregulación de la personalidad, saber expresarse con lógica y fluidez, aprender a pensar, eliminar la ignorancia, lograr la autonomía de la razón, salir de la minoría de edad por su propio entendimiento, entrar a investigar, a inspeccionar, atar cabos sueltos, ponderar, deliberar, arriesgarse, detectar relaciones, conocer, reconocer, saber interpretar, tener ideas claras para poder criticar, o como apunta Edgar Morin en Los siete saberes para la educación del futuro: Tener la capacidad de curar las cegueras del conocimiento esto es, el error, la ilusión; garantizar el conocimiento pertinente; conocer al ser humano situado en el universo; conocer la identidad terrenal, es decir la pertenencia a la tierra, a la casa común, a la última y primera patria; enfrentar las incertidumbres, no sólo sobre el futuro, sino también sobre la validez de los conocimientos; lograr la comprensión, la convivencia democrática, planetaria; conocer la ética del género humano, esto es, el respeto a la persona, a la sociedad porque pertenecen a la única especie, la humana (Morin, 1999).

Esto es, entonces, hacer y vivir el dinamismo universitario mediante la educación donde no hay cabida para la información propiciada solo por la (universidad), que se vuelve acrítica e indigesta; porque si bien la educación, incentiva a que el estudiante tenga una reflexión, que también es un saber teórico, no está en las nubes, sino bien asentado en el suelo, es que es un saber crítico entremezclado con la realidad y de ella cobra su sentido.

La universidad, sin ser una empresa, es una organización que funciona en su sociedad y genera impactos tanto sobre las personas que laboran en ella (administrativos, docentes,

estudiantes) como sobre su entorno social y natural. La responsabilidad social es el afán de responder de modo ético e inteligente por estos impactos para que sean, en la medida de lo posible, positivos y no negativos. Un lugar estratégico para instituir y promover la responsabilidad social de la ciencia es justamente en la universidad, porque es el lugar de convergencia entre la producción del saber científico (la investigación), la reproducción de este saber (transmisión de los conocimientos y formación de los ciudadanos profesionales que socializan las ciencias y tecnologías) y la información del gran público sobre el quehacer científico (la universidad es un espacio social abierto al debate público).

La universidad debe explorar a jóvenes que tienen un potencial de voluntariado muy importante. Debe promover y apoyar la puesta en marcha de ese potencial. Ello tendrá efectos educativos de primer orden, y puede ser una fuente de aportes muy significativos a las mejores causas, y es notable la necesidad de jóvenes que contribuyen al desarrollo de una sociedad más sana, y la universidad del siglo XXI, el siglo de las grandes oportunidades tecnológicas, pero al mismo tiempo de la pobreza y el sufrimiento social, debe auto-reformarse tecnológicamente para ser base del progreso, pero debe ante todo renovar sus responsabilidades sociales para ser más que nunca una referencia de construcción de paz y justicia para los futuros profesionales.

Conclusiones

A modo de conclusión decir que es lógico pensar que la sociedad espera que la universidad en la actualidad ayude en la preparación de economistas, administradores, médicos, profesores, abogados, ingenieros y especialistas en todos los campos, que tengan una sólida base de responsabilidad para decidir con base en valores morales fundamentales, en los dilemas éticos que se les planteen, esa preparación requiere trabajar no sólo con textos, sino con experiencias concretas y contacto activo con la realidad. El ideal no es dictar una materia de ética en el currículo, sino transversalizar la enseñanza de la ética aplicada, trabajando en cada área los problemas éticos propios de la misma, y en todas, el compromiso de formar a estudiantes que tengan el espíritu de ayudar en la construcción de un mundo solidario. La responsabilidad social debe estar presente en la agenda de investigación, priorizando temáticas que representen los problemas más apremiantes de la población estudiantil universitaria, como la autorregulación de su personalidad, las metas para el futuro, el plan de vida, entre otros temas.

La universidad, siendo una de las mayores concentraciones de conocimiento, debe aportar a los estudiantes herramientas necesarias que le permitan participar activamente en el debate público de los grandes temas, y particularmente los sociales. El estudiante universitario no puede ser ajeno a las discusiones sobre cuestiones como, entre muchas otras, la creación de trabajo, la discriminación de género, la exclusión social, su papel activo en la sociedad, las consecuencias de una mala conducta, la falta de la autorregulación de su personalidad como ser sociable, las causas de la criminalidad y las inequidades.

Referencias bibliográficas

ÁLVAREZ GOMES, G. *Desarrollo del talento humano en la Universidad regional autónoma de los Andes*. Matanzas: Editorial, 2016.

FERNÁNDEZ GEYCELL, E. *La integración de las influencias educativas de la universidad y la familia en la formación del profesional de la educación superior*. [fecha de consulta: 21 agosto 2020]. Disponible en: <http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sciarttext&pid=S1608-89212014000200014>

MORIN. E. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Ciencia y Cultura, Francia. 1999

OSPINA RAVE, E. *La educación como escenario para el desarrollo humano*. Editorial UA, 2008.

RODRIGUEZ HERRERA, I.J. El papel de la Educación Superior en la producción del conocimiento en el clima cultural del presente. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*: REIFOP, 2012.

SABORIDO LOIDI, J. La Universidad y la agenda del 2030 de desarrollo sostenible en el centenario de la Reforma universitaria de Córdoba, visión desde Cuba. Discurso del Ministro de Educación Superior de Cuba en el 11º Congreso Internacional de Educación Superior: Universidad 2018.